

Quizás el más sorprendente e impactante es Vuelo de Brujos. Tres hechiceros vuelan en una noche cerrada. Entre los todos sostienen a un hombre al que están devorando. El grupo está iluminado con una gran fuerza dramática contrastando con el negro del cielo. Bajo ellos dos personas se cubren para no contemplar el espanto que ocurre sobre sus cabezas; uno sigue andando, tapándose con un manto blanco y hace una señal con las manos para conjurar el mal, otro, a su lado se tira al suelo y se tapa los oídos para no escuchar los alaridos que caen desde lo alto. En la esquina inferior derecha, casi surgiendo de las tinieblas un burro contempla la escena. Posiblemente, se trata del Diablo, transfigurado en una de sus formas animales, contemplando como sus discípulos actúan según sus dictámenes.



FRANCISCO DE GOYA. VUELO DE BRUJOS. MADRID. MUSEO DEL PRADO.

Bibliografía

- BOZAL, Valeriano: *Francisco Goya, vida y obra*, Madrid, 2005, 2 vols.
 D'ORS FÜHRER: Carlos, y Carlos Morales Marín, *Los genios de la pintura: Francisco de Goya*, Madrid, Sarpe, 1990.
 GLENDINNING, Nigel: *Francisco de Goya, Madrid, Cuadernos de Historia 16* (col. «El arte y sus creadores», n° 30), 1993.
 HUGHES, Robert: *Goya*. Barcelona, 2004.
 TRIADÓ TUR, Juan Ramón: *Goya*, Barcelona, Susaeta, 2000.



EL PRIMER NOMBRE DE OSUNA FUE ÍBERO

Por

JUAN COLLADO CAÑAS

Licenciado en Filología Inglesa (Universidad de Granada)
 I.E.S. "Sierra Sur" (Osuna)

Puede que el título elegido para esta contribución parezca demasiado evidente a muchos. La experiencia nos dice, sin embargo, que son numerosas las ocasiones en las que desafortunadamente damos por hecho algo que creemos que es evidente, de manera que terminamos no prestando atención a detalles que en realidad son importantes. Por eso es por lo que las cosas que deberían resultarnos fáciles de captar, muchas veces son las que pasan más desapercibidas.

No es fácil llegar a asimilar realmente la afirmación que viene expresada en el título. De hecho, en la documentación que he consultado con objeto de investigar el nombre originario de Osuna, he podido ver numerosos ejemplos de lo que podríamos llamar actitud reacia a admitir que fueron los iberos, y no los romanos, los que dieron el primer nombre a Osuna.

En la década de los ochenta apareció en el periódico *El Paleto 2ª Época* un artículo firmado por Manuel Cubero Urbano,¹ en el que se comenzaba advirtiendo al lector del escándalo lingüístico que iba a provocar dando a conocer una nueva propuesta acerca del nombre ibérico prerromano de Osuna. Sin embargo, lo escandaloso no era que se decidiera a hacer una crítica de la versión según la cual Osuna significa "sitio de osos", sino que no se atreviera a dejar el latín aparte en este asunto. Después de observar que la forma *Urso* contiene el grupo consonántico <RS> que, según el autor, alterna a veces con el grupo <RT> formando palabras cuyo significado se relaciona con "elevación" o "altura" (por ejemplo, "norte" o "arte"), propone que el topónimo originario de la población habría tenido ese significado (puesto que Osuna ocupa una situación elevada) y, por tanto, tendría un origen compartido con palabras como *ARS-ARTIS*, del latín.

Este lapsus puede que tenga viso de ser, efectivamente, un escándalo lingüístico, pero además es un error demasiado evidente, debido al hecho de asignarle un origen común al ibero y al latín. Desde hace siglos se sabe que el latín es una lengua de origen indoeuropeo, mientras que el ibero, al igual que el vasco, es de origen pre-indoeuropeo. Si queremos afirmar que el primer nombre de Osuna fue ibero, entonces tendremos que tener bien presente un detalle fundamental como este.

Desde que en el colegio empezamos a adquirir nuestros primeros conocimientos de historia, resulta llamativo el énfasis que se hace en los siglos de la presencia romana en la península, en perjuicio de ese otro período de tiempo mucho mayor en el que los iberos estaban presentes en gran parte de lo que ahora es España y Portugal.

El desconocimiento de nuestro pasado ha favorecido la propagación de ideas que, además de ser inexactas, hacen pensar a la gente que, se estudie el período histórico que se estudie, siempre va a destacar por encima de lo demás el protagonismo de Roma. Esta idea ha ido calando poco a poco en la cultura popular, de modo que de vez en cuando escuchamos decir frases tales como: "Todos los caminos conducen a Roma". Pues bien, en el caso del camino que hemos emprendido para intentar conocer el primer nombre de Osuna, podemos tener la seguridad de que no vamos a terminar en Roma.

El artículo que acabo de comentar, publicado en el periódico *El Paleto*, no es ni mucho menos el único ejemplo de esa pérdida de objetividad que se observa en muchas intervenciones, tanto dentro como fuera de los ámbitos académicos.

No hace mucho decidí realizar una visita al Museo

¹ CUBERO URBANO, M. (Diciembre 1982): artículo publicado en la sección "Pequeño diccionario", *El Paleto 2ª Época*, n° 32, p. 16.

Arqueológico de Écija. Cuando llegué, me di cuenta de que lo había hecho en un momento muy oportuno. Resulta que precisamente en ese instante el tema que ocupaba la atención del director de dicho museo no era otro que el de la incautación de un supuesto bajorrelieve íbero con inscripción que, según la versión de los falsificadores, había sido hallado cerca de Osuna. Lo que me resultó verdaderamente llamativo fue el asunto de la inscripción. Los autores de la falsificación habían escrito el nombre de la población con caracteres íberos creyendo que la pieza resultaría más genuina de esa manera, cuando en realidad lo que habían conseguido era delatarse a través de un detalle más.

¿Por qué? Pues simplemente porque también se habían dejado llevar por esa especie de atracción de la que parece gozar todo lo romano en detrimento de lo que pueda ser autóctono. Lo lógico es que hubiesen escrito un posible nombre íbero de Osuna, aunque fuera inexacto, pero habían demostrado falta de imaginación optando por transcribir al íbero la forma romana *Urso*. Todo un ejemplo de incoherencia histórica.

¿Acaso los pobladores íberos de Osuna no tenían una palabra propia durante los muchos siglos que habitaron la ciudad? ¿Acaso estaban esperando a que llegaran los conquistadores romanos para que estos le dijeran por fin cuál era el nombre de la ciudad en la que habían estado viviendo?

En cuanto al objetivo que nos hemos marcado, ¿existe alguna posibilidad de que algún día conozcamos el topónimo íbero? Para conocerlo, de lo primero de lo que nos debemos olvidar es de la forma y del significado de la palabra *Urso*. En relación a la búsqueda que hemos decidido realizar, debe quedar claro que dicha palabra no tiene ninguna relación de significado con el topónimo íbero original, a pesar de que la tradición nos haya querido hacer ver lo contrario.

Son curiosas las palabras que el autor local Antonio Ortiz Barrera utiliza en la página 14 de su libro *Las monedas de Urso*,² puesto que, al tratar el tema que nos ocupa, expresa claramente el sentir general diciendo que acepta como buenos los razonamientos que vinculan el origen de la palabra a la presencia de osos y que, además, ve dificultad en saber lo que sucedió en la sombra de la Prehistoria.

La palabra clave aquí es “dificultad”. Ya dije al principio que a veces lo que es demasiado sencillo lo percibimos como difícil. Sobre todo, si la tradición se ha encargado de ir dirigiendo la opinión de la gente. Cuando estamos convencidos de la dificultad de algo, ese convencimiento hace que todo sea incluso más difícil. Voy a poner un ejemplo para que esta idea se pueda comprender mejor.

Imaginemos que una persona, sujetando con descuido la llave de su casa en la mano, se dirige a nosotros diciendo que no puede abrir la puerta porque ha perdido la llave. ¿Cómo reaccionaríamos en ese caso? Le haríamos saber que la tiene en la mano, y que había cometido un error pensando que la había perdido.

Este ejemplo trata de ilustrar lo que a veces nos ocurre en relación a lo que podríamos llamar “dificultad imaginaria”. En ocasiones somos incapaces de darnos cuenta de que la solución de algo que nos preocupa es mucho más sencilla de lo que parece. En esos casos se puede decir que la dificultad es ficticia, y no real.

Volviendo a utilizar la imagen de la llave, pensemos en aquello para lo que nos puede servir. Con ella podemos pasar a otro lugar. Sin ella nos quedamos en el mismo sitio. Esa es la razón por la que resulta necesario conocer el primer nombre de Osuna, porque una vez que lo conozcamos vamos a poder tener acceso a muchas otras cosas que durante más de dos mil años han estado ocultas.

¿De verdad queremos saber el nombre originario de Osuna? Lo primero que tenemos que hacer es mirar con atención la palabra *Ursao*, por ser la que más en contacto está con el topónimo original. Respecto a ella, también Ortiz Barrera en esa misma página 14 que acabo de citar, afirma que es la

palabra más antigua que conocemos. Es llamativo que en la siguiente línea hable de la imposibilidad de conocer el término prerromano, justo después de haberlo dicho casi con total exactitud.

¿Por qué he llegado a la conclusión de que la palabra íbera es muy parecida, por no decir casi igual, a la primera que usan los romanos? Principalmente por dos razones:

- 1º- No tiene sentido que la primera palabra usada carezca de significado para los recién llegados, a no ser que lo que estén haciendo sea respetar la que ellos encuentran.
- 2º- Si el nombre *Ursao* no significa oso, entonces queda desmontada por completo la versión según la cual, a su llegada, los romanos quisieron llamarle a Osuna “sitio de osos”.

La segunda razón nos anima a su vez a seguir intentando buscar algún otro significado distinto al que nos ha venido diciendo la tradición. Hemos dicho que entre la palabra *Ursao* y la que le precede inmediatamente en el tiempo apenas había diferencia en la forma. Como el íbero era un idioma completamente diferente, el significado que tuviera esa otra palabra parecida a *Ursao* no lo conocemos por ahora. Para poder hacerlo, primero tenemos que dar con su forma exacta, luego tenemos que contar con la ayuda de algún idioma que sea semejante al íbero, pero que disponga de diccionario, con objeto de poder localizar en él su significado. Por experiencia sabemos que muchas palabras de la antigüedad han sobrevivido al paso del tiempo, posiblemente con la misma forma y significado, y así es como las encontramos en diccionarios actuales que pertenecen, o bien a la variante moderna de ese mismo idioma antiguo, o bien a alguna otra lengua que hubiera recogido y mantenido en uso dichas palabras hasta la época presente.

En cualquier caso, la definición que encontremos en el diccionario debemos someterla a prueba. No vale cualquier significado, puesto que no estamos hablando de cualquier palabra, sino de un topónimo.

Los topónimos representan un conjunto de palabras bastante bien delimitado dentro del total del vocabulario de un idioma. Se caracterizan por lo siguiente:

- 1º- Muchos de ellos vienen a ser la agrupación de dos o más formantes.

Algunos ejemplos son: *Carmo* (*Car-mo*, la actual Carmona), *Ostippo* (*Ost-ippo*, la actual Estepa), *Ostur* (*Ost-ur*, la actual Manzanilla, en la provincia de Huelva), *Urci* (*Ur-ci*, en la cuenca baja del río Almanzora, en la provincia de Almería), *Urgau* (*Ur-ga-u*, la actual Arjona, en Jaén), *Baikor* (*Bai-kor*, la actual Bailén), *Baitis* (*Bai-tis*, río Guadalquivir), *Bainis* (*Bai-nis*, río Miño).

- 2º- El número de formantes que un idioma suele utilizar es relativamente reducido, razón por la cual los nombres de lugares presentan bastante semejanza o incluso se repiten. Esto lo vemos claro en casos como *Iliberri* (posteriormente llamada Elvira, situada en las cercanías de Granada, que compartía nombre con una ciudad del sur de Francia cercana a Perpiñán), o bien el caso de *Bursau* (la actual Borja, en la provincia de Zaragoza) y la *Bursau Bética* (que debió estar en la provincia de Córdoba, a juzgar por el testimonio que nos ha dejado el autor del *Bellum Hispaniense*, que la nombra junto a otras ciudades cordobesas atacadas por Julio César en el transcurso de su enfrentamiento contra Pompeyo).

- 3º- El hecho de que la cantidad de formantes se sitúe más o menos dentro de un límite es lo que determina la tercera característica, que es la poca variedad relativa que observamos en los significados de los topónimos. En muchos de ellos uno de los formantes está destinado a indicar el tipo de población (es decir, si se trata de una aldea, ciudad, poblado fortificado...), mientras que el otro se dedica a señalar algún elemento natural del entorno. Es lo que ocurre en el caso de *Castro del Río*. Si preferimos un nombre de época prerromana pensemos, por ejemplo, en *Ipolka* (la

² Ortiz Barrera, A. (1987): *Las monedas de Urso*, Osuna.